

Quedan allí los acabados cuadros
de su fácil pincel. Naturaleza,
como una virgen que el amor conquista
y se deja robar por el amante
beso tras beso en lánguida pereza,
se dejaba robar por el artista
sus secretos de luz y de belleza.

Un solo cuadro, artista, no acabaste,
el cuadro de tu vida transitoria.
¡Qué triste y qué incompleto le dejaste!
Al través de la gasa mortuoria
que le cubre, se mira immaculada
brillar como la luz de una alborada
la hermosa luz de tu temprana gloria.
A su tenue fulgor, símbolo triste
del abandono cruel y del tormento
que en el mundo acompañan al talento,
se ve una cruz; sencilla y aun reciente,
la corona caída de tu frente
enlaza de esa cruz los negros brazos,
y al pie de aquella cruz tan triste y sola,
tu mágico pincel hecho pedazos...

Lo demás es la sombra, la terrible
sombra que viene del sepulcro abierto,
la sombra pavorosa
en donde duermes ya, pálido muerto,
sin aplauso, sin pompa, sin testigos;
la sombra de esa noche sin mañana
donde llegar no pueden
los pobres ruidos de la gloria humana;
mas donde acaso llegue
el sollozante adiós de tus amigos...

TERCERA PARTE

Traducciones, imitaciones y composiciones varias

APARICION

(VÍCTOR HUGO)

He visto un ángel blanco. Sobre mi sien tendía
sus alas deslumbrantes: su frente en la sombría
tiniebla de la noche miré desaparecer.
«—¿Qué es lo que buscas, ángel, en la nocturna calma?»
le dije, y respondiome:

«—Yo vengo por tu alma.»

Entonces tuve miedo, porque era una mujer.

—¡Oh, déjame mi alma!—gritéle suplicante.
¿Adónde te la llevas, incógnito habitante
de yo no sé qué mundo?...

Y nada respondió.

—¿Te llevarás mi alma al emprender el vuelo;
y qué á mi pobre vida le quedará en el suelo?
El ángel se callaba... El cielo se enlutó.

—Viajero de los cielos, yo quiero conocerte.
¿Acaso eres la vida?... ¿Acaso eres la muerte?
El ángel se hizo negro, y dijo:

«—Soy Amor.»

Pero su faz de sombra más bella era que el día,
brillaban sus pupilas entre la niebla fría,
y vi tras de sus alas los astros del Señor.

YO AMO

(ALFREDO DE MUSSET)

¡Yo amo! Es la palabra melodiosa
que al viento arroja la Creación entera,
a las aves del bosque,
al arroyo que cruza la pradera.

¡Yo amo! Será el postrero
triste suspiro que la tierra lance,
cuando cayendo en la perpetua noche
el hondo arcano de su fin alcance.

¡Yo amo! También vosotras,
blancas estrellas que la noche viste,
también cantáis en la sagrada esfera
esta palabra encantadora y triste.
La más pequeña de vosotras quiso
de la creación en el supremo instante,
buscar en los espacios sin medida
al sol hermoso, su inmortal amante.

Y la amorosa estrella
a los espacios se lanzó profundos;
pero también enamorada de ella
otra fué en pos...

Y desde aquel momento
en marcha están los mundos
alredor del inmenso firmamento.

¡ DESPIERTA!...

(VÍCTOR HUGO)

Ya brilla la aurora y aun no abres tu puerta,
al beso del aura la flor está abierta
¿y aun duermes y sueñas, angélica flor?
Yo te amo y te canto, señora, despierta...
despierta, mi vida, que es hora de amor.

Despierta, señora,
y escucha al cantor,
que canta y que llora
su trova de amor.

Están a tu puerta llamando, alma mía,
dulcísimas voces de blando rumor;
la aurora te dice: *Abrid, soy el día.*
El pájaro canta: *Yo soy armonía.*
Y mi alma suspira: *Yo soy el amor.*

¡ Despierta!... Es la hora
del ave y la flor,
del alma que llora
sedienta de amor.

¡ Arcángel, te adoro! ¡ Mujer, yo te amo!
Mitades de un alma nacimos los dos;
por eso a tu vida mi vida reclamo,
por eso te canto, por eso te llamo,
por eso nos junta la mano de Dios.

Despierta, señora;
ya cesa el cantor,
ya pasa la aurora...
mas queda el amor.

TO JENNY

(LORD BYRON)

Hay una virgen de alma cariñosa,
tan tiernamente al corazón unida,
que separar su vida de mi vida
fuera lo mismo que romper las dos.

Hay un semblante pálido y hermoso
que siempre miro, porque está en mi alma,
y que en la sombra de la noche en calma
vela con mi ángel cuando duermo yo.

Hay unos negros ojos, adormidos
a la sombra ideal de la pestaña,
cuya mirada celestial empaña,
la tristeza dulcísima de amar.

Ojos que buscan en los ojos míos
el idioma del alma silencioso,
ojos dichosos si me ven dichoso,
ojos que lloran si me ven llorar.

Hay la flor de una boca purpurina
que tan sólo mis labios han opreso...
allí temblaba el inefable beso
del alma casta en su primer amor.

Hay una voz más grata a mis oídos
que el eco de una música del cielo,
voz de vaga ilusión, voz de consuelo
para el alma cansada de dolor.

Hay un cabello derramado en rizos
que entreteje mi mano cariñosa,
una cabeza lánguida y hermosa
que dulcemente desmayando va.

Hay un seno de amor, tibio y tranquilo,
donde reclino pálida mi frente
cuando la copa del dolor, ardiente,
el alma mártir apurando está.

Hay un amor tan grato como el sueño
que tuviéra un arcángel en la gloria,
un amor para el mundo sin historia,
un amor que no sé cómo llamar.

Dos vidas que antes de encontrarse fueron
mitades de una alma desprendidas,
hoy, al hallarse para siempre unidas,
¿quién las puede de nuevo separar?

Dos corazones hay que a un tiempo mismo
palpitan de placer o se entristecen,
y cuanto más en adorarse crecen
más ávidos se sienten de pasión.

Dos almas de ventura tan suprema,
que cruel, al separarlas, la fortuna...
¿al separarlas?... ¡no!... sólo son una
que eterna vive de su eterno amor.

ANOCHE

(VÍCTOR HUGO)

Ayer, el blando soplo del aura de la noche
de las agrestes flores que tarde abren su broche
llevaba hasta nosotros el embriagante olor.
La noche iba cayendo, los ruidos se adormían,
las alas de la sombra tranquilas envolvían
en su palacio de hojas al pájaro cantor.

El aire estaba tibio; su ráfaga ligera,
en ola de perfumes traía de la pradera
cual de invisibles bocas besándose el rumor.

Y leves susurraban las hojas de las palmas;
nupcial era la sombra... Allí de nuestras almas
abrióse a las estrellas la misteriosa flor.

Yo estaba junto a ella, su mano entre mis manos,
perdidos en la noche sus ojos soberanos,
en mi hombro reclinada la pensativa sien.
La hablaba en voz muy baja; porque era la hora santa
en que algo que va al cielo del alma se levanta,
y la mirada al cielo levántase también.

La noche suspiraba; besábanse las palmas;
el estrellado cielo estaba en nuestras almas,
flotaba en los espacios el alma del Amor...

Y al asomar el blanco crepúsculo del día,
me dije recordando la imagen de María:
he visto entre la sombra el ángel del Señor.

EL ARPA

(LORD BYRON)

Triste el ánima está. Busca en el arpa,
en el arpa de Heber, esos gemidos
de la vibrante cuerda, tan queridos
a mi ya fatigado corazón.
Si ha quedado siquiera una esperanza
en el fondo de mi alma sin ventura,
despertará consoladora y pura
al eco de la triste vibración.

Si ha quedado una lágrima postrera
en mis áridos ojos escondida,
ruede por la mejilla enflaquecida
y ya mi corazón no abracará.
Pero quiero una música muy triste...
triste como el rumor de ese gemido

que exhala, con su llanto, en el olvido
un corazón sin esperanza ya.

Triste como el sollozo con que damos
a la ilusión de amar la despedida,
triste como la lágrima vertida
por el recuerdo del amor primer.
Está llena de lágrimas el alma,
necesita llorar... ¡Ah! si no llora,
esta angustia cruel que la devora
acabará con mi cansado ser.

¡ Tanto ha ya que alimento mis pesares
aquí en la soledad del alma mía;
tanto ha ya que padezco en la sombría
noche de mi existencia funeral,
que ya es tiempo que cesen mis dolores...
a sufrir más mi corazón no alcanza!
O que brote en el alma una esperanza
al influjo de tu arpa celestial.

MAS

(CANTO ESLAVO)

Mirando los tumbos de la ola bravía
la niña decía:
«—¿ Hay algo más vasto que el vasto Océano?
¿ Hay algo querido aún más que un hermano?
¿ Hay algo más dulce
quizá que la miel?»

Y un pez le responde, saliendo a la orilla:
«—¡ Oh, niña sencilla!
El cielo es más vasto que el vasto Oceano;
se quiere al amante aun más que al hermano,
y un beso es más dulce
que toda la miel.»

¡SIEMPRE AMAR!...

(ALFREDO DE MUSSET)

...¿Qué me importa la muerte?... ¿qué la vida?...
 ¡Quiero amar y de amor palidecer!
 ¡Tan sólo por un beso, yo daría
 la idea que siento en mi cerebro arder!

¡Quiero por mi mejilla enflaquecida
 de la pasión las lágrimas sentir!
 ¡Quiero gozar la inexplicable dicha
 de, por amar con frenesí, sufrir!

Quiero contar que herido de un engaño
 juró no amar mi corazón jamás...
 Y ahora es el juramento que hago
 no vivir un instante sin amar.

Corazón desbordado de amargura,
 ¡despójate de orgullo y de desdén!
 Rasga ya la mortaja que te enluta,
 vuelve a la vida y al amor también.

Después de haber sufrido—es el destino—
 ¡ay! es preciso sin cesar sufrir;
 después de haber amado ¡ay! es preciso
 ¡amar... y siempre amar... hasta morir!

EL SILFO

(VÍCTOR HUGO)

Estaba la noche muy negra, muy fría;
 y ya moribunda la luz del hogar
 tras góticos vidrios apenas lucía.
 Adentro una niña... ¿velaba? ¿dormía?...
 Alguno por fuera llamaba al cristal.

«—Soy en la límpida esfera
 el hijo vago y risueño
 del soy y la primavera,
 un silfo... menos que un sueño.
 Soy el espíritu errante
 que desprende del rocío
 la mañana al despertar;
 soy del éter habitante,
 y en la noche, por el frío,
 soy el huésped del hogar.

Esta tarde, entre las flores,
 una pareja dichosa
 estaba hablando de amores
 en voz baja y cariñosa.
 Yo de muy cerca la oía;
 cuando de pronto en un beso
 que su palabra cortó,
 cogieron un ala mía...
 y aun estaba yo allí preso
 cuando la noche llegó.

Es ¡ay! demasiado tarde
 para que yo entre a mi broche.
 Estoy solo... soy cobarde...
 ¡Abreme por esta noche!
 Deja que duerma en tu lecho,
 y cuando vierta la aurora
 su luz primera, me iré,
 tendré lugar muy estrecho,
 y te prometo, señora,
 que muy poco ruido haré.

Mis hermanos han hallado
 un albergue en el rocío;
 solo y fuera me he quedado...
 Tengo miedo... y tengo frío.
 ¿Adónde encontrar mi broche?
 No hay una luz en el cielo,
 en los campos una flor...

¡ Abreme por esta noche!
no tengas ningún recelo...
¡ Si yo soy... todo candor!

¡ Abreme! Sus densos flancos
pavorosa la tiniebla
de horribles espectros blancos
y negros fantasmas puebla.
Entre el follaje sombrío
como lívidas miradas
los fuegos fatuos se ven;
y sobre el agua del río
claridades azuladas
lívidas flotan también.

¡ Abreme, señora mía!
Porque en los campos desiertos,
tras la colina sombría
están bailando los muertos.
A sus almas desveladas
da la noche pavorosa
un sudario de vapor.
Si estas fantasmas heladas
por divertirse, a su fosa
me arrebataran... ¡ qué horror!

Si desoyes mi gemido,
¿ buscaré los musgos viles
y disputaré su nido
miserable a los reptiles?
¡ Abreme por un momento!
Son cariñosos mis ojos
y mi palabra de miel;
sé remedar el acento
que oye, con dulces sonrojos
la niña, de su doncel.

Además... ¡ Soy tan hermoso!
¡ Si vieras temblar lucientes
mis alas al sol radioso
blancas, puras, transparentes!...

Tengo los bellos colores
del lirio que me escondía
del tenebroso capuz,
y se disputan las flores
mi aliento, todo ambrosía,
y mi cuerpo, todo luz.

La ligera mariposa
es pesada junto a mí,
y sin perfume la rosa
ni belleza el colibrí,
cuando de gala vestido
con reflejos de topacios
y zafiro brillador,
voy en la luz escondido
visitando mis palacios
como rey, de flor en flor.

Mas ¡ ay! ¡ en vano te imploro!...
aquí nada tengo mío,
ni mis corolas de oro,
ni mis copas de rocío.
Yo te las diera, señora,
porque abrieras tu ventana
un instante para mí;
y no que vendrá la aurora
y triste verá mañana
que ante tu puerta morí.

En cambio del hospedaje
que en esta noche me dieres,
¿ de una hada quieres el traje?
¿ El velo de un ángel quieres?
Haré de tu noche, día,
y sin que corte el desvelo
tu deleite embriagador,
pasará tu fantasía
de los ensueños del cielo
a los ensueños de amor.

Pero en vano está mi aliento
 empañando tu vidriera.
 ¿Crees que pérfido mi acento
 la voz de un amante fuera?
 No soy más que Silfo errante
 a quien lejos de su broche
 un ósculo aprisionó,
 pero no soy un amante...
 ¡Abreme por esta noche!
 porque soy el Silfo yo.»

*

El Silfo lloraba. De pronto, sonora,
 cual dulce reclamo del alma que llora,
 se alzó una voz triste, que luego calló.
 ¿Qué voz era aquélla?

La niña, sin miedo,
 abrió la ventana, muy quedo, muy quedo...
 mas nadie ha sabido si al Silfo la abrió.

COLON

(SCHILLER)

¡Marcha, marcha, Colón! Y si ese mundo
 que pides al misterioso del oceano
 no ha sido creado aún, de entre las olas
 en premio de tu audacia
 le hará surgir la omnipotente mano.
 Porque existe en la gran Naturaleza
 el eterno Creador, que de su arcano
 levantando portentos de belleza,
 sabe cumplir en toda su grandeza
 las promesas del genio soberano.

MIRANDO AL CIELO

(VÍCTOR HUGO)

El último destello de la tarde
 moría en ocaso. Pálidas y bellas
 unas tras otras salpicando iban
 el manto de la noche las estrellas.
 Dulcemente en mi pecho reclinada,
 tan pálida y hermosa como ellas,
 mi lánguida María,
 en voz muy baja, cariñosa y triste,
 sonriendo me decía:

«—¿Qué buscan tus miradas en el cielo?
 ¿No estoy aquí? ¿no te amo?
 Por mirar las estrellas no me miras,
 ni escuchas que te llamo.
 ¡Oh! vuelve a mí tus ojos;
 deja a los cielos en su eterna calma;
 no los mires ya más... ¡Mira mi alma!»

«En esa obscuridad en donde apenas
 el tímido lucero se divisa,
 ¿qué encontrarás que valga nuestro beso?
 ¿qué encontrarás que valga mi sonrisa?
 ¿Qué miras en los astros?...
 ¿Las miradas de amor son menos bellas?
 Alza el velo de mi alma.
 ¡Cuán llena está de estrellas!»

¡Cuántos soles! Escucha: cuando amamos
 llevamos en el alma un firmamento.
 El sol divino del amor alumbra
 con inefable luz el pensamiento.
 Y cuando la dulcísima tristeza
 hija callada del amor la cubre,
 en medio de esa noche, la esperanza
 y los recuerdos adorados, brillan

como esos astros que tu vista alcanza.
La abnegación, el sacrificio, el llanto,
más bellos son que Venus cuando asoma
de la montaña sobre el pico agreste.
Cree mi palabra... el firmamento es nada;
el cielo de mi alma es más celeste.»

«Bello es mirar los astros que tachonan
de las sombras magníficas el manto;
bella es el alba y la Creación es bella;
mas nada tiene el inefable encanto
de amarse con pasión. El mejor fuego,
la llama más espléndida y sagrada
es aquella que cambian en silencio
dos almas, en la luz de una mirada.»

«Vale más un amor correspondido
en un rincón humilde de la tierra,
que todos esos ignorados soles
en que el Eterno su secreto encierra.
Dios, el padre del hombre,
que al hombre siempre lo mejor ha dado,
puso lejos de él el vasto cielo...
la mujer, a su lado.
Ama y vive, nos dice dondequiera
su acento soberano;
ama y vive, mortal; es tu destino:
lo demás, es mi arcano.»

«¡Amemos! He aquí todo. Dios lo quiere.
Deja esos rayos pálidos que doran
la región de la sombra... Más hermosos
los verás en los ojos que te adoran.
Amar es comprender toda la vida
y presentir lo eterno.
El verdadero amor siempre ha juntado
alma más grande a corazón más tierno.»

«Ven ¡oh mi amor! ¿No escuchas
una música vaga que suspira
a nuestro derredor? Naturaleza

se cambia en una lira
y nuestro amor celebra... ¡Oh, dueño mío,
vaguemos entre el musgo y el rocío!
Ya no me des enojos,
no más mires al cielo;
estoy celosa de él... ¡mira mis ojos!»

Con voz muy baja, cariñosa y triste,
así hablaba mi pálida María.
Brillaba el astro, suspiraba el viento,
la flor su copa de perfume abría
y blanqueaba la luna el firmamento.

Tranquila soledad de mi retiro,
astros, noche de amor, tímidas flores,
¿adónde se perdió tanto suspiro?
¿Qué se hicieron, decidme, mis amores?

¡Qué triste es el destino! Aquel instante,
eternamente al corazón querido,
pasó como los otros... ¡Y quién sabe
si para Ella perdióse en el olvido!...

FRIO

(CUENTO BOHEMIO)

La tarde era triste,
la nieve cala,
su blanco sudario
los campos cubría;
ni una ave volaba,
ni oíase rumor.

Apena en la nieve
dejando su huella,
pasaba muy triste,
muy pálida y bella,
la niña que ha sido
del valle la flor.

Lleva en el cinto
su pobre calzado;
su hermano pequeño
que marcha a su lado
le dice:—«¿No sienten
la nieve tus pies?»

«—Mis pies nada sienten»
responde con calma.
«El frío que yo siento
lo llevo en el alma;
y el frío de la nieve
más duro no es.»

Y dice el pequeño
que helado tiritita:
«—¡Más frío que el de nieve!...
¿Cuál es, hermanita?
¡No hay otro que pueda
decirse mayor!...»

«—Aquel que de muerte
las almas taladre;
aquel que en el alma
me puso mi madre,
el día que a mi esposo
me unió sin amor.»

GLICERE

(HORACIO)

Reina de Pafos y de Gnido, Venus,
deja de Chipre el encantado sitio,
y ven aquí, donde Glicere tiene
de placer y de amor mágico asilo.

Y que las gracias de cintura suelta,
y que las ninfas de semblante lindo,
y el que alegra los años juveniles
grato y feliz amor, vengan contigo.

De Júpiter el hijo y de Semele,
y los deseos eróticos aun vivos,
quieren que entregue el corazón cansado
a los amores que juzgué perdidos.
Y me abraso por ti, rubia Glicere,
y me enamora tu semblante altivo,
y de tu tez la nieve inmaculada
como el mármol de Paros terso y fino.
Y me enamora tu habla melodiosa,
tu continuo reir provocativo,
y de tus ojos húmedos el fuego,
y tu desdén también y tu capricho.

Venus me sigue por doquier, me sigue;
conmigo va, detiéndose conmigo,
en contacto de fuego a mí se acerca,
domina mi razón y mi albedrío.
Y ya no más contra el feroz escita,
ni contra el parto, huyendo tan temido,
mi lira tiene cuerdas... Ya no sabe
sino de amor los deleitosos himnos.
Apresúrate y ven, rubia Glicere.
Apresúrate y ven al lado mío,
trayendo de marfil la dulce lira
grata como el aliento del cefiro,
y a modo de las hijas de Laconia
el sedoso cabello recogido.

¡ Ven, Glicere gentil! A mí te acerca
como enantes feliz; cese el desvío.
Te quiero junto a mí más impetuosa
que las férvidas olas del Adrático
cuando en el golfo de Calabria, Eolo,
las agita con áspero rüido.

Mientras del lobo perseguido sea
el balador cordero, y el marino
tema de Orión el tormentoso influjo,
y acarícien los trémulos cefiros
de Apolo la dorada cabellera,
te daré por tu amor el amor mío.

¡Que resuene el festín grato a los dioses!
 ¿Dónde la flauta está de Berecinto?
 ¿Qué hace el oboe junto a la lira muda?
 Rosas traedme del jardín vecino,
 y resalte en la nieve de mis canas
 de su corona el purpurino brillo.
 Saca del fondo de la cueva, esclavo,
 el sécubo oloroso, envejecido,
 y en la cercana fuente me refresca
 la ánfora esbelta de falerno rico.

En tanto yo celebraré a Neptuno;
 y escucharán también plácidos himnos
 las nereidas de verde cabellera,
 mientras ofreces de tu lira el ritmo
 a las flechas de Diana y á Latona.
 Luego mis cantos alzaré contigo
 a quien reina en las Cíclades, y vuela
 en un carro por cisnes conducido;
 y nuestro himno final será a la noche
 del misterio nupcial mudo testigo.

¡Ea! colocad sobre el altar de césped,
 junto a la copa del sagrado vino,
 esclavos, el incienso y la verbena.
 Tributemos el culto merecido,
 y la caliente sangre de la víctima
 haga acepto á la Diosa el sacrificio.

ELOISA

(E. QUINET)

...Si me acuerdo; llamábame Eloísa
 cuando él también llamábase Abelardo.

Los cielos, esos cielos sin medida,
 no son tan vastos que encerrar pudieran
 el infinito amor del alma mía.

Del claustro las baldosas funerales
 mi seno no enfriarían... está encendida
 la llama de mi amor; bajo la muerte
 mi imposible esperanza aun está viva.
 ¡Cuántas veces en medio de la noche,
 allá en mi celda solitaria y fría,
 levántome a abrazar ¡oh, mi Abelardo!
 tu sombra tan hermosa y tan querida!...
 Sobre tu corazón está mi cielo,
 tú eres mi fe, mi religión, mi guía,
 tú mi Cristo también... ¿no soy, acaso,
 esposo de mi amor, tu prometida?...
 Nuestra tumba será mi Paraíso;
 y para siempre allí, no quiero el día.
 ¡Que mis huesos se junten a tus huesos,
 tu ceniza se mezcle a mi ceniza!...
 ¡Y eternamente así, para nosotros
 no haya resurrección... no haya otra vida!...

JULIETA

(W. SHAKESPEARE)

¡Oh, noche, ven a mí! Trae a Romeo,
 noche querida y triste;
 virgen sagrada de la frente negra
 que ya juntos nos viste.

¡Oh, noche, ven a mí! ¡Trae a Romeo!
 y de tu niebla fría
 ¡luz y calor será!... ¡Que su presencia
 haga en la noche, día!

¡Oh, noche, ven a mí! ¡Trae a Romeo!
 y entre tu densa bruma
 como la nieve brillará, del cuervo
 sobre la negra pluma.